

Ella se escabulló entre los recovecos del convento, siguiendo a sus padres, mientras sus bellos ojos negros lo evadían coquetamente. Mateo iba detrás, con su cajita de golosinas en la mano, ignorando los inmensos cuadros con rostros pálidos y mejillas rosadas de la escuela cusqueña, desoyendo la leyenda del pintor que clavó una lanza en el costado de su modelo para lograr plasmar la agonía de Cristo con mayor realismo. Su mirada estaba empeñada en perseguir los zapatitos blancos de aquella niña, y sus oídos solamente prestaban atención a su voz extranjera.

Subió presurosa la inmensa escalera con cúpula de madera, poblada de murciélagos. «Estilo mudéjar con la técnica de machimbrado», dijo la guía. Pero Mateo ni siquiera intentó entender el significado. Como un sabueso tras su presa, él seguía la estela de la cabellera azabache que acababa de desaparecer hacia la derecha al terminar los peldaños. Por guardar una distancia pertinente la había perdido. Movi6 los pies tan rápido

como pudo y entró a la biblioteca que le pareció extraída de una película de Harry Potter; la buscó entre la gente. «Tenemos más de doce mil incunables, la gran mayoría escritos en latín», explicaba otro guía; pero ella no estaba ahí. Rápidamente la buscó en el recinto coral y la encontró parada junto al antiguo órgano. «El gran atril de madera les permitía leer la música desde cualquier ubicación», continuaba la guía. Y la niña, de la mano de su padre, buscaba a Mateo con los ojos para retirarle la mirada luego. De pronto, alguien tomó a Mateo del brazo y le indicó que estaba prohibida la presencia de vendedores ambulantes dentro del convento. «No estoy vendiendo, estoy oyendo lo que dicen, quiero conocer», dijo Mateo, tratando de que lo dejaran quedarse. Pero el vigilante le pidió su boleto de entrada y, al no mostrarlo, lo llevó hacia la salida. Sin embargo, Mateo aprovechó un breve descuido de su escolta para escabu-



llirse. No creía posible irse sin conocer al menos el nombre de la niña más linda que había visto en sus cortos diez años y por quien había decidido faltar al colegio aquella tarde con tal de seguirla. Venía haciéndolo desde que la vio pasar por la Plaza de Armas caminando de la mano de sus padres. Toda de azul con sus guantes y sus zapatitos blancos. Entraron en el Convento de San Francisco y Mateo no resistió la tentación de acercarse más. Ahora lo alejaban sin clemencia.

Pero encontró una pequeña puerta que daba a unas escaleritas hacia el sótano. «Aquí no me buscarán», se dijo. «¿Catacumbas? ¿Qué es eso? ¡Ah! Creo que este es el lugar donde hay puros muertos... mejor busco una salida», pensó el audaz niño.

Mas buscando y buscando, Mateo se perdió entre los laberínticos pasillos de columnas y fosas llenas de huesos. No hallaba la salida y la luz era muy escasa. Tropezó con un fémur, las golosinas salieron volando y cayó en uno de los osarios lleno de cráneos donde empezó a hundirse hasta desaparecer.

—¡Ahhhhhhhh! —gritaba desesperado. Se detuvo varios metros más abajo al caer sobre un arbusto en un lugar absolutamente extraño y desconocido para él. Parecía una caverna muy grande, inmensa, llena de sombras y luces. Tenía plantas colosales colgadas por doquier, lindas flores brotaban de las rocas e inmensas mariposas azules revoloteaban alrededor. Parecía una selva. Olía a mar, pero tenía un río, sí, un amplio río de aguas tranquilas y celestes. «¿Será el Rímac?», se preguntó ingenuo. Decidió seguir el curso de las aguas creyendo que lo conduciría al exterior.



Llevaba algunos minutos de camino cuando oyó voces. Era un grupo de ocho niños que habían estado siguiéndolo agazapados, casi desnudos, apenas cubiertos por taparrabos. Delgados, de piel cobriza y sucia, de cabellos oscuros y de distintas edades. Había una sola niña. Se acercaron a él corriendo. Mateo se alegró de ver a otras personas en aquel extraño lugar.

—¿A ti también te ha traído Zapam Zucum? —preguntó el más pequeño.

—No sé quién es «Madam Sucú». Me caí de las catacumbas por huir de un vigilante. Perdí todas mis golosinas, debo recuperarlas. ¿Saben cómo salir?

—Sí, pero solamente podrás pasar al exterior si no te ha traído Zapam Zucum.

—No, no me ha traído nadie, yo me caí solito. ¿Qué lugar es este?

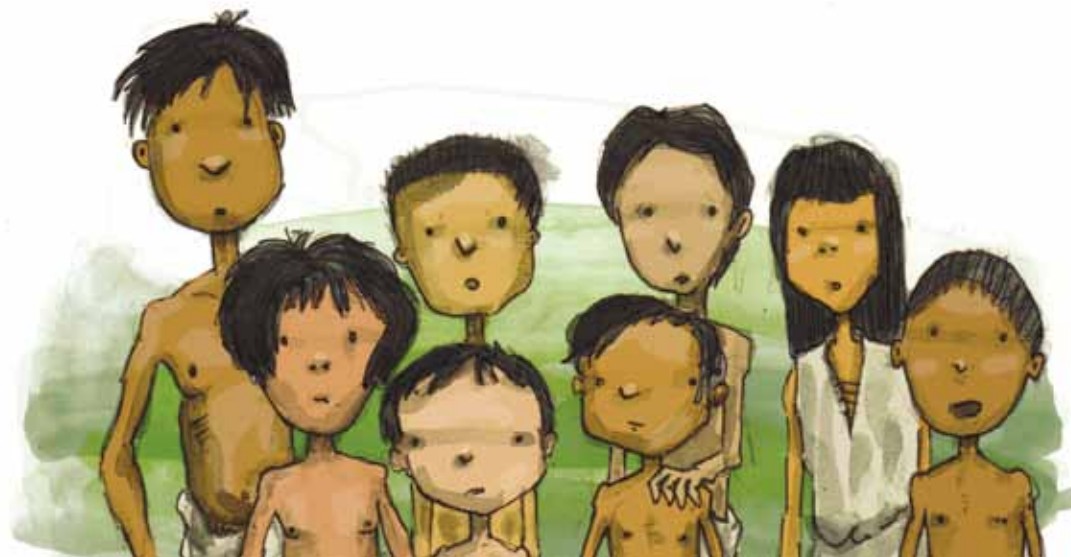
—¿Cómo te puedes haber caído solito?... ¡Qué tonto!
—murmuró otro de los niños.

—Es que estaba siguiendo a... esperen, ¿quiénes son ustedes y dónde estoy? No sabía que existiera este sitio, está chévere para esconderse.

—¡Jajajaja! —los niños estallaron de risa, pero el mayor los silenció inmediatamente.

—¡Shhhhh! No sean tontos, ¿no ven que nos van a descubrir?

Todos se pusieron serios de pronto. Mateo no entendía nada y quería saber qué pasaba. Insistió.



—Ya, sin bromas, díganme dónde estoy y cómo salir, quiero alcanzar a... ¿son pirañas, no?

—¡Ahí viene, escóndanse! —dijo uno de los chicos. Una extraña voz se oía cada vez más nítida, haciendo ruidos ininteligibles.

—Es ella, tenemos que correr. Si te ve aquí no podrás salir jamás —agregó.

Mateo corrió con todas sus fuerzas, aunque no tenía ni idea de hacia dónde ir. La voz estaba cada vez más próxima.

—Tenemos que escondernos.

Los nueve se metieron en una pequeña cueva entre las rocas al lado del río. Mateo logró asomar los ojos para verla pasar en su balsa. Esperaba ver a un policía o serenazgo, pero no. Era una mujer bellísima. De longa y lacia cabellera negra y penetrantes ojos oscuros. Su piel era cobriza, pero sus manos eran muy blancas. Cantaba y su voz era dulce, sin embargo, los niños le advirtieron que no se dejara engañar por su rostro ni por su voz. «¡Es una bruja!», aseguraron.

Cuando el canto se oyó lejano, salieron de su escondite. Mateo estaba muy confundido, necesitaba una explicación.

—Las brujas no existen —les afirmó a sus nuevos amigos.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿No la viste? —le dijo la única niña del grupo.

—Es solamente una señorita. Y está bonita —agregó Mateo con cara de ilusión.

—Oigan, dejemos a este tonto y vayamos a seguir buscando cómo salir de aquí —dijo otro de los niños.

—¿No te das cuenta de que esta es nuestra oportunidad? A él no lo trajo Zapam Zucum, o sea que él sí podría salir de aquí e ir a buscar a mamá —objetó el mayor que parecía ser el líder.

—No, no, no... esperen... quiero saber quiénes son ustedes y dónde estamos. Yo no voy a buscar a nadie, tengo que salir de aquí y recuperar mis caramelos para seguir vendiendo y encontrar a la... —se corta él mismo—. ¿Por qué ustedes no pueden salir de aquí? —en ese momento una inmensa mariposa azul se acercaba hacia el grupo. Uno de los niños lo advirtió y exclamó: «¡Cuidado, escóndanse!». Todos corrieron a agazaparse tras unas rocas. Todos menos Mateo, que se quedó mirando al insecto con fascinación:

—Oigan, ustedes sí que son miedosos, es solo una mariposa y está bien chévere... ¿a alguien le podrá interesar comprarla?, de repente si cazo una y...

—¡No es una mariposa! —le gritó la niña tirándolo de un brazo y escondiéndolo con ellos—. Ten cuidado, es Iwanchi.

—¡Un qué! —exclamó Mateo muy burlón, casi al borde de la carcajada.

De pronto, aquella mariposa azul se transformó en una especie de hombre horrible, totalmente cubierto de pelos negros, de brazos muy largos, con una cara feísima, dientes salidos y afilados y una mirada que helaba la sangre. Extendió

